EL "PROBLEMA DEL INDIO", EN BOLIVIA

POR

JOAQUIN VILLANUEVA LLANO

1

El día del indio, que en agosto celebra Bolivia, es una fecha que nunca nos ha dejado más que desconcierto y tristeza, porque nos recuerda cómo, no obstante los ciento treinta años de vida republicana, no se ha hecho nada justo e inteligente en favor de la desamparada mayoría indígena, que sigue siendo objeto de un sistemático régimen de escarnio y vejamen impuesto por el blanco.

El indio no necesita "días" ni lirismos, no le sirve de nada que en su homenaje se celebren banquetes, a los que, desde luego, no se invita a indio alguno, o sesiones académicas en las cuales, como siempre, se promete y protesta resolver "de una vez por todas" el "grave y complejo problema del indio", mediante la redención y dignificación de éste, con un retorismo enfático que, pese a todo su indigenismo, difícilmente encubre lo que es: auténtica demagogia. Después, olvido y una intencionada indiferencia hasta el próximo "día del indio" para volver a ofrecer y prometer lo mismo. Esta actitud de engaño, que desconcierta y apena en el fondo, casi no ha cambiado: ayer, se prometía todo y no se hacía nada; hoy, se hace mucho, pero festinatoriamente...

Estas líneas no pretenden otra cosa que hacer una ligera revisión de lo que el indio es y significa y de las condiciones de vida en que se desenvuelve actualmente en Bolivia, con ayuda, en todo caso, de un documento irrefragable: la realidad.

Políticos, sociólogos, antropólogos, escritores, etc., se han ocupado en todo tiempo, unos más que otros, de lo que se dió en llamar "problema del indio"; pero ese afán por resolver tal problema nunca fué sincero (los resultados nos lo probaron), no pasó más allá de la simple especulación literaria, pues lo cierto es que, desde la fundación de la República hasta nuestros días, el "problema" sigue planteado sin la más remota posibilidad de solución, aunque este modo de pensar parezca pesimista frente a la obra abierta, franca y a todas luces pro-indígena que realiza el actual Gobierno, cuyo Jefe, en el III Congreso Indigenista Interamericano, celebrado

en La Paz, en 1954, manifestó que "los hombres de la revolución gobiernan en función de indios". Mayor definición indigenista no cabe. Empero, la obra gubernamental está comenzando, y hasta que se obtengan los resultados que persigue, la situación general del indio, sustancialmente, no dejará de ser la misma.

Los hombres que actualmente se encuentran en el mando supremo son indigenistas convencidos; su acción comienza prácticamente en 1938. En 1945, colocan la primera piedra de su obra: la abolición de la servidumbre personal gratuita de los indios llamada "pongueaje", como consecuencia de un Congreso de Indios que, posteriormente, para desgracia de éstos, fué un pretexto para acentuar los atropellos y el mal trato, a que ya se los tenía acostumbrados, por los adversarios políticos de aquéllos, que entonces retomaron el poder.

La inestabilidad política e institucional a que se encuentra sometida la República, por la enconada rivalidad de los partidos, jamás ha permitido el desarrollo normal y la lógica culminación de una obra. En Bolivia, el acontecer político no es otra cosa que el "comenzar de nuevo", el "rehacer", el "volver a empezar", o sea, un permanente estar en el mismo lugar. Hoy no se puede decir que se haya superado este "estado" por lo difícil que es saber lo que ocurrirá mañana, aunque por de pronto la obra gubernamental presente sea vasta y positiva: nacionalización de minas, reforma agraria, reforma educacional, voto universal, reforma militar, participación directa del indio en los negocios del Gobierno (algunos ministros, alcaldes y funcionarios jerárquicos son auténticos representantes del indio proletarizado) y proletarización del trabajador indígena. Pero hay que tener presente que el Gobierno no es el pueblo, ni mucho menos el Estado.

Ahora bien: las clases industrial y comerciante grandes, latifundista—que ha dejado de serlo con la reforma agraria—y media —nervio y motor de la nación—que comprende a los profesionales en general, a los militares, a los funcionarios y empleados públicos, a los artesanos y a los pequeños industriales y comerciantes, o sea, la población que no es india, ¿son partidarias de esa política gubernamental indigenista? Convencional y exteriormente, quizá; íntimamente y por convicción, no; ¿por qué? Porque las leyes no pueden destruir sentimientos; es lamentable que la palmaria labor indigenista del Gobierno no compagine con el sentir y pensar de la población no indígena, que es la que, en última instancia, debe y puede resolver el "problema del indio".

Pero ese pretendido problema es un espejismo, el verdadero, está planteado sobre una premisa distinta: la irreductibilidad de la actitud del blanco con respuesto al indio, ya que, en realidad, como dijo certeramente el crítico Carlos Medinacelli, "no es el indio el problema para el blanco, sino éste para aquél", porque siendo una minoría, en vez de gobernarle le explota, le rechaza en vez de comprenderle, en lugar de darle las oportunidades que él goza las monopoliza y le margina y, para justificar esta actitud, acaba convirtiéndole en un "problema grave y complejo...", sin darse cuenta de que, efectivamente, él es el problema, porque para el indio constituye una estupenda incógnita el hecho de que, no obstante ser el titular de cultura y civilización superiores, sea tan cruel, tan egoísta, tan poco humano y, en fin, tan contrario a las normas cristianas que él, precisamente, le impuso. (Por razones de comodidad expositiva, hemos de designar con el término "blanco"—considerado éste en sentido cultural más que racial—al mestizo auténtico, al blancoide, al mestizo bajo—cholo—, Icaza Tijerino llama a estos dos últimos "mestizo blanco" y "mestizo indio", respectivamente, y al extranjero.)

Problemático es precisar dónde comienza y acaba el indio en un país cuyo 65 por 100 de la población es indígena, compuesta por una serie de especies que existe entre los altiplánicos—aimáras y quichuas, son los más importantes de éstos—, vallunos y selváticos, y de la cual insensible y lentablemente se va extendiendo la sangre. Sin embargo, la distinción entre el indio y el que no lo es, no siempre se la hace desde el punto de vista étnico, sino empírico-cultural, ya que cuando un indio alcanza una posición cultural o económica relevantes, se "pasa por alto" su origen, se olvida "la inferioridad racial"—que se le ha atribuído en su empeño por marginarlo de la vida nacional—y, de incorporado que se encontraba, pasa a identificarse con esa vida que no es otra que la del blanco. En efecto, contrariamente a los que creen que hay que incorporar al indio a la vida nacional, opinamos, aunque la cuestión no es sino terminológica, que está incorporado, toda vez que no está fuera ni contra esa vida; lo que pasa es que no está identificado con ésta, identificación que, en su más puro sentido, debería ser el desideratum indigenista. El autor del Proyecto del Código penal boliviano, Manuel López Rey, dice a este respecto: "Incorporación en una vida y cultura no es identificación con esa vida o cultura. Y así, si bien el indio boliviano, en general, no se halla identificado con la total cultura boliviana, con los círculos de

factores universales de esa cultura nacional—conforme a la clasificación de Ralph Línton—, se halla, sin embargo, formando parte de ese segundo círculo cultural de índole especial y que, en cierto modo, constituye una subcultura con características singulares, subcultura que si bien no es identificación, sí es incorporación. Subcultura que no tiene nada de peyorativo, pero que tiene en sí los suficientes elementos éticos para construir con ellos los elementos intelectuales suficientes en orden a un conocimiento del mundo."

Así, pues, el factor racial—que en el blanco origina un sentimiento de superioridad, desde luego, falso, ya que la inferioridad o superioridad étnicas, por sí mismas, no hacen evidencia—pasa a un segundo plano, porque la verdad es que, si alguna inferioridad hay en el indio, ésta es social y cultural, nunca racial, mucho menos mental. El indio no es, como muchos creen, un degenerado corporal y anímico, tampoco es débil mental, aunque sí retrasado.

Esa supuesta superioridad del blanco—que en él es convicción—ha levantado una barrera de prejuicios, difícil de franquear por el indio, en torno a su sociedad, propia de una estructura estamental. En efecto, esta sociedad conjuga perfectamente con las características estamentales (nos remitimos a Freyer): estructuración de la sociedad según privilegios específicos y actividades atribuídas por los que tienen la titularidad de la denominación; monopolización de determinados cometidos sociales, como las carreras militar, universitaria y sacerdotal; cargos públicos, propiedad territorial latifundista y otras situaciones claves que originan el hermetismo de ese "estado". Y ésta es la realidad boliviana. En vez de existir comunidad hay una estructura de tipo estamental; y no hay comunidad por la sencilla razón—volvemos a Freyer—de que el patrimonio cultural, material y espiritual no existe como propiedad de cada uno de los diversos miembros del grupo; es exclusivo del blanco. Y como la comunidad no se encuentra plenamente desarrollada sino allí donde ese patrimonio es "poseído en común por todo un grupo, sin dominación alguna dentro de su seno; es decir, que por múltiple y varia que sea la articulación del grupo, no hay en él, sin embargo, ningún grupo parcial cuya relación con los demás grupos parciales sea una relación de dominación, que en Bolivia no la hay sino en la esfera blanca. Además, el idioma —igual ocurre con la política y la sangre—, que es una fuerza constitutiva de comunidad, no es único, o por lo menos general. Existen lenguas (están reputados como tales el quechua y el aimará) y dialectos autóctonos, tantos que el panorama lingüístico es un caos, con-

trario a toda integración comunitaria. El español es el idioma oficial, mas lo habla solamente la minoría blanca. Algo más, en torno y dentro de esa realidad privativa del blanco se ha desarrollado un concepto moral especial, trato y usos sociales especiales y una actitud vital excluyente que no comparten en modo alguno los indios.

La subcultura en la que el indio vegeta es para el blanco conveniente y necesario que subsista; no ha hecho nada para superarla pese a que el indio es el sostén de la vida nacional: en el campo, en las minas—fundamento de la economía boliviana—, en las fábricas es el que trabaja. Repitamos que, si bien el Gobierno actual, con medidas de política social, trata de cambiar la vida que hasta ahora ha llevado el indio, el blanco—que constituye el "pueblo en función política", como fuente del poder y como configurador de una personalidad nacional—no comparte esa política.

2

Conviene hacer notar que al hablar del indio nos referimos a los grupos étnicos mayoritarios y principales del país: los aimarás y los quechuas, que abarcan el área geográfica que comprenden los departamentos de La Paz, Oruro, Potosí, Cochabamba y Chuquisaca; es decir, casi el 50 por 100 del territorio nacional, y las principales ciudades, por lo que su presencia y trato con el blanco son continuos e inmediatos. No ocurre así con las otras especies aborígenes, que constituyen grupos dispersos por las zonas de los llanos y las selvas y que entre sí difieren en todo y cuyo trato con el blanco es esporádico. No por eso han dejado de ser sometidos y reducidos; los cavinas, los lecos, los yanaiguas, los baurés, los sirionós, los guaraníes, etc., etc., no tienen para el blanco más valor que el de su fortaleza física para el trabajo, su frugalidad para comer y su sobriedad de costumbres. También es preciso resaltar la diferencia somática y anímica entre estos grupos. Los quechuas y aimarás, que habitan en el altiplano, la puna, la meseta andina, son graves, de rasgos severos, herméticos, inexpresivos, duros en el trato. Los de las vegas y valles son alegres, expansivos, despreocupados, de fisonomía menos huraña y enérgica. Los selváticos son ruidosos, intrépidos y agresivos. Estos tipos son la expresión más acabada de la influencia telúrica y demás factores ambientales del medio en que habitan.

Apuntemos, de pasada, las características de la personalidad del indio en general. Aunque no creemos en el valor absoluto de las

clasificaciones tipológicas, aplicaremos la teoría de Kretschmer. De acuerdo con ella, la estructura corporal del indio se hallaría localizada entre el leptosómico y el atlético (no hay tipo definido). Con relación al tipo medio boliviano, el indio es leptosómico; corresponde a esta estructura somática el temperamento asténico, bradipsíquico—de reacciones lentas y tardías—explosivo; tiene temperamento de "bomba con efecto retardado". Su actitud vital es totalmente asténica (Mezger): "sentimiento de sumisión, de sufrimiento, de debilidad e incapacidad, de inferioridad y depresión". Tendencia a la pasividad y a la timidez. La estructura temperamental descrita ha sido en cierto modo "impuesta", toda vez que, en verdad, el indio debía ser impulsivo como corresponde a la personalidad esquizotímica, dentro de la que, aunque sea relativamente, debe encasillar el leptosómico. En realidad, el indio tiene una personalidad difícil de clasificar, es sinuosa; sus reacciones no corresponden a los estímulos, no son constantes; vive dentro de un régimen de inhibición con respecto a aquéllas: al latigazo, al desdén y al insulto del blanco no opone, como puede hacerlo otro blanco, la defensa activa o el contraataque; humillarse, claudicar, obedecer, son sus respuestas. Las reacciones lógicas jamás afloran. Las va acumulando dentro de sí hasta colmar su capacidad de resignación, y entonces estalla. En todo caso, el indio debía haber sido todo lo contrario: lleno de dignidad, de orgullo, con una actitud señorial frente a la vida, de reacciones adecuadas como lo es el hombre libre y como lo fueron sus antepasados. Pero es más bien un caso típico de personalidad desvirtuada por la acción del mundo circundante; mediante un sistemático trato de desprecio lapidario, se logró su despersonalización y, al mismo tiempo, se le envileció sin escrúpulo alguno, para asegurar la "naturaleza superior" del blanco: superioridad, en el hecho, que no es sino ventaja de tiempo y oportunidad. Por esto, la personalidad del indio es espuria, ilegítima.

En su impenetrabilidad espiritual, en el misterio de su vida anímica, en el hermetismo y desconfianza con que responde a la actitud del blanco—que a lo mejor no es sino un soberano desprecio—ha querido verse una añoranza del ancestro. No pocos han querido especular con esta suposición, desde luego con intención efectista y en provecho suyo, y con euforia "vernaculista" pretendieron exhumar mitos y leyendas exaltándolos y haciendo de ellos bandera de "redención" ¿Esta manera de ser del indio es realmente nostalgia por lo que fué antaño su antecesor, señor de su destino y

dueño de su tierra? Quizá. Quién sabe de ahí su inexpresión y su indiferencia—no inasequibilidad—ante las formas de vida moderna, que, por otro lado, son totalmente acaparadas por el blanco. El indio es un ser inactual; vive abstraído, en pretérito, pero no por esto es neófobo, misoneísta. En la mente del indio parece haberse producido una involución: por esto, su indiferencia y resignación—casi animal—, su aferración y permanencia dentro de manifestaciones arcaicas y primarias. Las experiencias políticas indigenistas de incorporación del indio a la vida civilizada, dan ocasión para ver sus reacciones. Y, por lo que se está viendo, el indio tiene un arraigado sentimiento de vindicta—que para nosotros es justo—y que quizá sea éste, en el fondo, la fuerza que le alienta, disfrazada de indiferencia, sumisión y timidez.

3

El concepto de indio en Bolivia es terriblemente peyorativo. Indio es sinónimo de grosero, estúpido, ignorante, sucio. Pero la verdad es que el indio es un analfabeto, un analfabeto a ultranza porque así lo quiso y quiere el blanco.

La instrucción escolar es general y obligatoria por mandato de la Ley; ya no es sólo un derecho, sino un deber. Pero nadie se molesta para que tal precepto se cumpla cuando se trata del indio. En las haciendas agrícolas, el propietario, según la Ley, tenía la obligación de mantener a sus expensas una escuela. Muy pocos cumplieron esa obligación, porque para los demás—la mayoría—"era perder el tiempo enseñar a leer a los indios, brutos de nacimiento..." Además, la hacienda "perdía dinero si se distraía la atención y el tiempo del campesino en cosas tan inútiles para éste". La mejor instrucción que podía dárseles era la del laboreo agrícola y la del saber servir a su patrón. Por esto, jamás se ha visto, con rarísimas excepciones, indios en el bachillerato y menos en las universidades. Cuando un indio escribe y lee perfectamente, todo el mundo se asombra. "¡Cómo es posible que pueda asimilar nada si es un bruto" y se le admira con la misma intensidad que al mono del circo, que sabe hacer muchas cosas igual que la "gente"!

El indio está condenado *ab ovo* a vivir, vegetar más bien, en las tinieblas de la más brutal ignorancia. Así, pues, la incomprensión absoluta de manifestaciones elevadas y espirituales y el conocimiento sólo de las primarias, vitales y naturales informa su vida. El blanco tiene una cantera en la ignorancia del indio; pues a mayor

ignorancia, mayor rendimiento físico y total sumisión. ¿Instrucción al indio? "Margaritas *apud porcos*". La mejor pedagogía está en los trallazos del látigo.

En las minas, el mismo panorama. A la oligarquía minera (constituída por tres individuos topoderosos, uno de ellos cholo, el otro semita y el tercero un raro espécimen de boliviano desnaturalizado, que para bien del minero y del país terminó su explotación con la nacionalización de las minas) lo que le importaba era que sus minas rindieran lo máximo. El minero debía ser minero: su alfabeto debía ser saber manejar el barreno, el pico y la pala. Nada de escuelas; así, los hijos de los mineros seguían la suerte de éstos. Desde niños, a trabajar como "chivatos" en las lóbregas bocaminas densamente negras como su ignorancia. Hace muy pocos años las empresas mineras se avinieron a dotar de escuelas a los niños; pero hasta entonces muchas generaciones se sacrificaron en la ignorancia. El indio minero—hombre, mujer o niño—es el ser más desgraciado, es un topo humano que se debate entre dos tinieblas: la de las galerías y la de su ignorancia. Cuando pedía justicia se le ametrallaba en masa. Uncía, Catavi, Pulacayo, fueron sus tumbas.

Y lo mismo pasa en las ciudades. Es más cómodo y menos oneroso para el blanco tener una servidumbre de indios, generalmente muchachos de diez a dieciocho años ("imilla", niña; "yocalla", niño), que se ocupa de todos los menesteres caseros sin remuneración alguna. Sirven de todo: lo mismo para hacer la limpieza que para ser víctima propiciatoria de la furia de los patrones. Si el niño blanco hace alguna majadería, el castigo lo recibe el "yocalla" o la "imilla". Por cierto, un sistema muy peregrino de reprender a los hijos. Cuando la familia se cansa de este insólito servidor, siervo en todo caso, inventa un robo y, a la calle, a puntapiés. Pero ¿durante su servidumbre se le da la instrucción que la Ley exige? ¡Vaya una ocurrencia! "No faltaría más que un indio vaya con el niño blanco o el señorito a la escuela o al colegio." ¿Dónde se ha visto eso? El "yocalla" o la "imilla" están para servir; se les da comida, cama y se les viste, y ¿sobre esto escuela? A dónde hemos llegado... Así discurre el blanco, así actúa. (Sobras y bazofias, un cuero de oveja con alguna manta raída en el piso de la cocina y algunos trapos que no sirven ya a los patrones, son su "comida, cama y vestido".) Desde luego, hay excepciones muy laudables, pero lo que interesa es la regla.

Hoy se ha enervado mucho la crueldad del comportamiento del blanco gracias a la efectiva legislación de estos dos últimos lustros.

Empero, los flagelos, las lesiones e, inclusive, tentativas de homicidio perpetrados contra el indio aún no han desaparecido.

Todo este vergonzoso panorama no es sino secuela de la dominación secante que el blanco ejerce sobre el indio; dominación que los coloca en planos diferentes, en los que lo único común es el medio geográfico: habitan la misma tierra, los alumbra el mismo sol, los moja la misma lluvia; pero, en las más prístinas situaciones externas del medio ambiente cultural, no existe nada uniforme: sólo el blanco habla español, sólo él va al cine, sólo el indio siembra el agro y labora en las minas y es analfabeto. Las divergencias sociales son notorias, las oportunidades para educarse no son ni siquiera distintas, son exclusivas del blanco; las oportunidades para alcanzar mando u otra situación política o social sólo son accesibles al blanco. Todo para y por el blanco; éste es un privilegiado civil.

Los indios se encuentran excluídos de todo lo que significa vida social en el sentido moderno de la palabra. Las expresiones de la cultura y de la civilización no están a su alcance porque, por un lado, está incapacitado de comprenderlas y, por otro, porque el blanco nunca ha querido compartir sus beneficios. Así, pues, jamás se encontrará un indio en un recital, en una conferencia, en un concierto, en una biblioteca, en una exposición. Los espectáculos están vedados para él porque los precios son prohibitivos y porque los establecimientos no les permiten su acceso, apoyados en su "derecho de admisión". Auténtica discriminación racista. Pero hay que destacar, también, que, el indio, por el sentimiento de minusvalía, por el complejo de inferioridad que tiene muy arraigado, evita, aunque tenga dinero, ser partícipe de esa vida social.

Otra cosa son, desde luego, las muchas familias de evidente e inmediato origen indio que, por virtud de su dinero, que les hizo posible adquirir cultura y vivir a tono con la civilización, se encuentran incrustadas en lo que la cursilería blanca le ha dado el muy británico nombre de *high life*, o alta sociedad en buen castellano.

Actualmente, como en todo, se han dictado disposiciones legales tendentes a evitar privilegios y distinciones; en consecuencia, se ha prohibido terminantemente que los cines, restaurantes, bares, hoteles y *boîtes* excluyan de su clientela a los indios. Hasta ahora, las administraciones de estos locales rechazaban de *motu proprio* a todo indio o cholo que pretendiese ingresar en ellos; en cambio, el blanco, aunque fuese un gamberro, era admitido. Pero para otras cosas el indio no sólo es admitido, sino considerado indispensable:

para trabajar en las simas mineras, en las estradas gomeras, en la selva y en la montaña. Cuando la guerra del Chaco, el indio fué altamente cotizado, entonces dejó de ser una "rémora para el progreso del país". Fué—mejor dicho se le llevó—a la guerra sin tener noción del porqué ni del para qué de ésta. Se vió enrolado a la fuerza—aunque era su deber—, instruído a prisa y en primera línea. Allí fracasó, desde luego, especialmente el indio altiplánico. Sin tener conciencia de Patria—un ser que se encuentra sumido hasta la cabeza en el lodo de la ignorancia, ¿qué concepto puede tener del patriotismo, de la integridad nacional, de la soberanía?—, a la que desconocía absolutamente, fué a defenderla mejor que el blanco. Durante la conflagración, al indio se le descubrieron infinidad de virtudes: era valiente y sacrificado, estoico y luchador, disciplinado y "patriota". Su estupidez innata, su cobardía, su "parentesco" con el asno y demás cualidades negativas que en tiempo de paz eran motivo de la repulsa del blanco, ahora habían desaparecido y por ello era digno de "confiársele" la línea de fuego. Pese a su fracaso, en ningún modo por culpa suya, se batió y murió en trinchera, con "las botas puestas". Luego, emuló al blanco, que, más "inteligente", alzó los brazos, hizo bandera blanca—por algo se debe decir aún que los "tontos murieron en la guerra"—. El señorito se quedó en las ciudades y, gracias a su influencia, "luchó" desde su escritorio estafeteril en los Ministerios, se quedó en la retaguardia para medrar con la guerra; así ésta parió una camada de nuevos ricos, militares y civiles y así se hundió el país. Terminada la contienda, el blanco volvió de ella, como héroe, a seguir disfrutando de sus privilegios, y al indio se le "restituyeron" todos sus defectos; además, "la guerra se perdió por su cobardía, por su ineptitud". En cambio, un general, lúbrico y borracho, que llevó al desastre a las fuerzas bolivianas en una vergonzosa retirada, y se reveló como estratega del golpe de Estado, gobernó el país con la aquiescencia del blanco.

4

Una civilización y una cultura propiamente indias, actualmente no existen. Su idioma, aimará y quichua, está perdiendo notoriamente su pureza; sin embargo, no obstante la expansión del español, la mayoría indígena, como se dijo, habla su propio idioma. No existe escritura propia para expresar y objetivar dichas lenguas. El indio tal como es hoy es imposible que pueda producir nada intelectualmente hablando, y es que, como dice Kroeber, "un gran

genio no puede surgir en un primitivo grado de civilización". "Es decir, un tipo de concentración intelectual que consideramos como obra genial, es culturalmente imposible por debajo de un cierto nivel". El indio, que vive, precisamente, por debajo de un nivel elemental, nunca podrá dar a luz ya no obras geniales, sino las medianas y corrientes a las que el blanco nos tiene acostumbrados, ya que lo genial es en él, también, excepcional.

Pero el indio, en toda su adversidad, nunca ha dejado de demostrar una cosa: su resistencia, su energía. El indio, como anota muy bien Rafael Reyeros, en su obra *Pongueaje,* "ignora la impaciencia... Vence por la resistencia, que es la llave maestra de su vida". "Se puede tener a un indígena esperando—continúa—quince, treinta días, cualquier bagatela..." Así es, al indio siempre se le ha hecho esperar y su sino, desde la Colonia, es esperar..., pero sin desesperar.

Franz Tamayo, polígrafo boliviano, considera al indio un venero de energía cuyo empleo, según él, definiría el carácter nacional. Pero esa energía indígena jamás ha sido aprovechada sino desde el punto de vista físico: ha sido más que invertida inmolada en las minas y en el campo. En estos medios, que en suma es la tierra, el indio ha encontrado todo lo más caro: a su maestra, a su escuela, a su madre y a Dios. Más allá de lo que significa minería o agricultura, la energía del indio no puede expandirse; dentro de los límites del arte, de la civilización, de la inquietud intelectual sólo el blanco, animicultura para éste y agricultura para aquél. La oligarquía blanca no desea que llegue hasta el indio nada intelectual ni espiritual.

La energía que Tamayo considera como embrión de la grandeza de la patria se está agotando a través de la fuerza muscular, de la tracción. Desde luego, la expresión dinámica es generatriz de riqueza, pero si a esa fuerza, dejando de considerársela simple HP., se la encauza, se la canaliza, se tendrá un resultado más provechoso, pues no sería otro que la fórmula fuerza, más inteligencia. Así, el indio dejaría de ser el hombre semoviente de hoy, ya que sus ocupaciones actuales son las propias de una acémila, con una rotunda esterilidad intelectual.

El indio es impermeable a las incitaciones y a la influencia del blanco porque sabe que, cuando no las impone por la fuerza, tienen algo de inconfesable o doble intención. Acepta, desde luego, pero exteriormente, pues la desconfianza que le tiene obra a manera de pátina que impide la fijación de esas manifestaciones. Obedece y cumple, pero esos actos no tienen relación con su sentimiento, no tienen conformidad, no conjugan con su intimidad. El indio es,

pues, tozudo frente a la imposición y, como todos, asequible por el buen trato.

No se puede saber si profesa la religión católica con sinceridad, con convicción. Enrique Finot, historiador boliviano, ofrece en su obra *Nueva Historia de Bolivia* la siguiente cita del obispo de Quito, doctor Alonso de la Peña Montenegro: "Los indios, aun después de convertidos, decía un tratadista del siglo XVII, tienen sus adoratorios y guacas en los retiros y cuevas de los montes, para darles culto y veneración con más libertad y sin recelo de los curas, a quienes temen." Finot, por su parte, dice: "...su catequización era superficial e imperfecta" refiriéndose a los indios, desde luego. Superficial e imperfecta no por la incapacidad del clero, ya que su campaña fué intensa, sino por esa disposición anímica del indio. Aun hoy el indio tiene resabios religiosos: cuando entra en una iglesia, antes de persignarse, besa la tierra y, en las encrucijadas de los caminos, rinde culto a la Apacheta, cúmulo de piedras, que levanta como expresión de su reverencia a la Tierra, a la mítica "Pachamama", especie de Palas Atenea india. El indio católico es sumiso y cumple sus obligaciones regularmente. Las fiestas religiosas nunca las deja de celebrar sin procesiones, banda de música, incienso y luego comida y bebida en abundancia. Para celebrar una de estas fiestas, ahorra durante el año redondo y, entre ellos, existe una especie de competencia de celebraciones "sonadas" que, muchas veces, lindan con el fanatismo. Después, nada de extraordinario. Hay en el indio católico algo negativo, difícil de precisar, debido, quizá, a su analfabetismo, a su propensión alcóholica o, tal vez, a su falta de convicción.

Al lado del indio católico está el protestante, o sea, el ex católico. La situación de los indios protestantes es muy diferente a la de los católicos por muchas circunstancias que, desde luego, fueron más favorables para el Ejército de Salvación que para nuestra Iglesia Católica.

El protestantismo no tuvo necesidad de someter al indio, porque lo encontró ya cristiano y cuasi civilizado; por tanto, su campaña proselitista fué pacífica: al indio le ofreció su doctrina sin obligarle a aceptarla. El indio, acostumbrado a la fuerza, no pasó por alto la invitación e incitación protestante; si desea, ingresa en la secta; para pertenecer a ella debe saber leer y escribir; en su defecto, ésta le enseña con carácter previo a su adoctrinamiento. Más presto a manifestarse económicamente que la Iglesia Católica, el Ejército de Salvación pone en manos del indio toda clase de facilidades mate-

riales y espirituales, además de convivir con él. Existen numerosos núcleos indígenas donde la eficaz acción del protestantismo está dando excelentes resultados, su acción alfabetizadora y cultural —que engloba su adoctrinamiento—va *pari passu* a la organización de una nueva forma de vida con relación a las exigencias de la civilización y cultura occidentales. El indio protestante es abstemio y ha abandonado la coca, se ha refinado, se ha individualizado si tal entendemos con Mac Iver el hacerse más autónomo, el adquirir personalidad más distinta, dirigida y determinada por uno mismo, reconociendo o reconociéndose que dispone en sí un valor o significación propia. Ha perdido su sentimiento de menorvalía y sale a las calles a predicar su nueva religión sin ningún embarazo y ante un público no siempre deferente. Muchos indios, totalmente adoctrinados y culturizados—permítasenos este término—viajan para estudiar a Estados Unidos, Chile, Argentina, etc., a costa del Ejército de Salvación. Estos indios han superado totalmente la subcultura lintoniana en que vivían y se encuentran plenamente identificados con la cultura del blanco.

5

El indio nunca ha sido—ni soñando—un *gourmet*, ni siquiera un simple *gourmand*. Es parco y frugal en la comida. La base de su alimentación es el chuño (patata helada que él mismo prepara), la quinua y la patata; come poca carne, consume la de carnero, llama y de vacuno deshidratada al sol y salada que denomina "charque". La mayor parte del producto de su cosecha y de sus ganados, cuando son propios éstos, la vende.

Del ganado obtiene, según la clase, lana para sus vestidos; leche para la fabricación de quesos; excremento—especialmente de llana—, "taquia", muy solicitado hasta hace poco en las ciudades como combustible y, finalmente, como tracción para sus faenas agrícolas. Cuando cría aves es para venderlas. Es proverbial que el indio no "come huevos por no arrojar las cáscaras". Generalmente, come una sola vez al día: una mixtura de quinua, chuño, patatas y "charque" con ají, en caldo. Como merienda lleva a sus labores chuño cocido y, desde luego, mucha coca. El uso de ésta compensa la frugalidad de su condumio y resulta, en realidad, su pitanza diaria e imprescindible. La cosa es, por decirlo así, consustancial al indio: le da fuerza, lo sume en una especie de vida anestésica y

así aguanta largas caminatas, jornadas duras de trabajo sin cansarse y apenas probar alimento sólido.

Conviene hacer notar para evitar confusiones, que ya las hubo, que el indio no es "cocainómano". No consume la droga (cocaína) de la cual el blanco sí que es afecto; sólo masca la hoja como cualquier inglés el tabaco. De todos modos, el abuso de la coca es pernicioso por la inhibición de hambre que ocasiona, con todas las consecuencias patofisiológicas que esto supone.

La frugalidad del indio, consecuencia de diversas circunstancias, es tomada muy en serio y se cree que apenas come o que puede devorar cualquier bazofia. Por esto, en las ciudades a los indios de "cuerda" se les paga, muchas veces, en vez de dinero, unas cuantas sobras—frutas podridas, pan duro, huesos y carnes pasadas—, pues es evidente que se le considera poco menos que un coprófago.

Tampoco es buen bebedor en cuanto a calidad se refiere, pero cuantitativamente bebe mucho, ya que tiene una capacidad de resistencia asombrosa pese a su parquedad alimenticia. Nunca ha probado las bebidas generosas o los licores a que la refinada exquisitez blanca está acostumbrada. Su trago favorito y común es el alcohol de 40 grados (pusitunca), también consume el "pisco" aguardiente de ínfima calidad.

En lo que se refiere a banquetes, ágapes, meriendas, etc., que el blanco estila, el indio jamás participa en ellos. Claro que hay un buen número de familias indias que, gracias a su oficio (carniceros, panaderos, tenderos y comerciantes), en el que tuvieron suerte, saben disfrutar de todos estos goces gastronómicos, en gran escala, espléndidamente y a su manera. Y, por último, como sucede en todas partes, en unas regiones se come más y mejor que en otras, ya por propia idiosincrasia, ya por la generosidad de la tierra, como ocurre en los valles. Los indios de la meseta tienen una más acusada frugalidad.

El indio que vive en el agro, fabrica su vestido. La oveja, la llama, la alpaca y la vicuña le proporcionan la materia prima; él mismo construye un rústico telar; sus telas son de vivos y alegres colores en los valles, blancos en el trópico, morados y oscuros en el altiplano. Calcetines, corbatas y zapatos están excluídos de su atuendo. Se calza los pies con ojotas, sandalias de cuero, aunque generalmente camina descalzo. Aprecia mucho los abalorios, las plumas y todo lo que reluce y brilla. El estilo de su vestimenta varía, como todo, según la región. Sus trajes de fiesta son más ricos: brocados, aljófar,

bordados y monedas de plata los exornan. Estos trajes los alquilan (muy pocas veces los compran) en las ciudades donde indios artesanos se dedican exclusivamente a la fabricación de estos trajes y disfraces. Su ropa interior la confecciona con "tocuyo", lienzo basto de lino, de los sacos destinados al envase de harina, azúcar, etc.

Actualmente, está desapareciendo el tipismo, el estilo de su propio atuendo. Rarean los pantalones cortos de los quichuas, va desapareciendo el poncho multicolor y airoso del aimará, los rebozos y las sayas se van perdiendo. Hay tendencia a remedar el estilo del blanco, europeo. No necesita sastre ni modista. No ha pisado en su vida una peluquería. El se basta para acicalar su persona, dentro de toda la cochambre en que vive, y disponer su atuendo.

Digamos algo de su *modus vivendi.* Transcurre su vida en condiciones infrahumanas, "albergado en viviendas antihigiénicas y miserables, privado de asistencia médica, desnutrido y menoscabado en el sentido espiritual y económico, registra pavorosas estadísticas de morbilidad y mortalidad, como lo han demostrado numerosos investigadores nacionales y extranjeros". (Considerando del D. L. de la Reforma Agraria.)

Habita pequeñas chozas de barro, sin ventanas, con una puerta baja y estrecha, en una asombrosa promiscuidad. El corral o aprisco colinda con la choza. Sus utensilios son primarios: ollas y cazos de barro cocido que fabrica él mismo, cucharas de palo, envases de latas de conservas cumplen función de vasos y tazas. Come con las manos. Duerme sobre cueros de oveja o llama tendidos sobre el suelo.

En este ambiente, su mundo circundante se reduce a los animales, que seguramente son sus mejores amigos; tiene un perro huraño como él; la gleba, su mujer y sus hijos completan sus relaciones. Así vive el indio en el inmenso y desesperante altiplano, infinito como el mar, donde fácilmente se puede enloquecer de agorafobia; así vive en las umbrías y traidoras selvas, donde hasta no hace mucho trabajó, en calidad de esclavo, bajo la férula del blanco y la acechanza de la fiebre y las alimañas, en las estradas gomeras. Y así vive en cualquier parte, en cualquier confín, en las orillas del Titicaca—lágrima cerúlea de princesa inca aprisionada entre las montañas—, en las llanuras calcinadas del Chaco, en las riberas de los amazónicos ríos del salvaje Noroeste.

Del indio que vive en las ciudades, el de "carga" es la encarnación de la miseria. Su vestido es el harapo; no se puede hablar de estilo ni gusto con referencia a éste. En cambio, el indio adinerado

es chabacano. La ropa que viste aquél es humillante, parece un mosaico oriental por la cantidad de parches y remiendos multicolores y multiformes que lleva. Se calza, cuando puede, con sandalias, llamadas "abarcas", que llevan piso de goma, de rueda de automóvil; gasta sombrero de lana de oveja muy basto y duro. Un lazo, su "instrumento" de trabajo, y un bolso de coca completan su bagaje. Esta mísera clase de indios es la que se dedica al transporte de pesadas cargas. Es la heredera de los famosos "indios de cargas" de las Indias Occidentales, que competían en fuerza con las no menos famosas mulas "pioneras" de entonces. Pululan por las estaciones, los mercados y las calles esperando faena; son los "aparapitas" ("el que lleva", en aimará) hermanos en el infortunio, la miseria y el trabajo bestial de los "coolies". La situación de esta pobre gente no puede ser más deplorable, pues, aparte de trabajar como animales, generalmente no tienen hogar, duermen en los extramuros o debajo de algún puente.

En sus horas "libres" se dedican a recolectar basuras y bazofias para no morirse de hambre, porque no siempre tienen suerte de que en las puertas "falsas" de los cuarteles les den unas cuantas sobras del "rancho" de la tropa; cuando le abandona su fuerza o cuando el esfuerzo que hace lo invalida, no es raro que se rompa el espinazo: se convierte en mendigo. Nadie le tiene consideración, todos le insultan y atropellan. Al fin y al cabo no es más que un indio "mula"—éste es el insulto favorito, entre otros más lacerantes, que está presto en boca del blanco para enrrostrarle en cualquier momento—, y verdaderamente este pobre indio es como el infeliz semoviente por su trabajo y por su sino: trabajar sin ninguna protección, sin cuidado alguno. Decimos mal: el mulo está mejor atendido que el indio.

Así transcurre la vida de este "tchandala", indeseable, hasta que la muerte, en forma de alcoholismo o inanición, le sorprenda en cualquier suburbio. Luego, su cuerpo irá a parar a la morgue donde, como *anima vili,* sirve a las experiencias de disección estudiantiles, ya que no tiene quien reclame su cuerpo y le dé cristiana sepultura.

Uno se pregunta: ¿por qué, llevando esa misérrima vida en un medio que le es ajeno y hostil, en el que encuentra sólo crueldad y está desadaptado, sin un bien y como víctima propiciatoria de los desbordes del blanco, no se marcha a su lar? ¿Por qué no se va junto a los suyos, donde su analfabetismo no es motivo de escarnio, donde no hay discriminación ni prejuicios y donde, a pesar de la

satrapía de los hacendados, tiene, por lo menos, hogar y ambiente propios? Un considerando del D. L. de la Reforma Agraria nos responde: Porque "la distribución injusta e irracional de la propiedad agraria y la punible despreocupación de los Gobiernos oligárquicos, que no protegieron al trabajador campesino, provocaron las despoblaciones del agro boliviano, cuya masa humana, imposibilitada de conseguir en el campo medios adecuados de subsistencia, emigra constantemente a los centros urbanos..."

Al lado de este proscrito, está el indio que ha tenido suerte; no se encuentra menos repelido por el blanco, pero su situación material es mucho más buena. Este indio es el que ha hecho el servicio militar. Y decimos que tiene suerte porque, generalmente, sale del cuartel sabiendo leer y escribir. En los cuarteles se los despabila a puntapiés y puñetazos, durante los dos años que dura el servicio. Sólo así, con el contundente lenguaje de los golpes que sostiene la "pedagogía castrense", puede aprender algo el indio "bruto". Y lo único que hace la "clarividencia" cuartelaria es crear resentimiento y venganza en el espíritu joven del indio que va a "servir a su Patria". La mayoría de éstos para quienes el servicio militar constituye una de las etapas, quizá la única, más decisiva e importante de su vida, porque pone a su alcance casi todos los instrumentos de la civilización, que contrastan enormemente con los medios rústicos y primarios de su nativo hogar, se reengancha y constituye la tropa permanente. Muchas veces asciende hasta suboficial, grado tope para el indio, y es un disciplinado y eficiente tropero que, posteriormente, descargará todo su resentimiento y el mismo trato que le dieron sobre el recluta blanco que sirve esta vez de "blanco" a su saña. En el cuartel se pone en contacto con la juventud blanca, con la que cumple la Ley del Servicio Militar Obligatorio, ya que la mayoría de esa juventud, por miedo o comodidad, gracias a su influencia, se libra del servicio o lo cumple en comandos o ministerios, como estafetas, para no "mezclarse" con la piara india.

Si bien el cuartel le da al indio el instrumento más completo que un hombre puede tener, no le enseña, empero, a cumplir su deber, a tener conciencia del lugar que debe ocupar, del papel que debe desempeñar dentro de la vida nacional. Mas esto, se dirá, es atribución de las escuelas y colegios; es verdad, pero también no lo es menos que la mayoría de los indios jamás han pisado una escuela y menos un colegio. Así, pues, en vez de la elocuencia de los golpes, que nadie niega sean asaz persuasivos, debería haber una verdadera pedagogía supletoria, porque, en suma, lo que se hace o debe ha-

cerse en los cuarteles es formar ciudadanos, pero no sólo para que sepan "tenderse y levantarse"—que es lo de menos—, sino para que adquieran conciencia de lo que realmente es "servir a la Patria", aunque debamos reconocer que es en el cuartel donde aprende a tener noción y concepto de lo que se entiende por Patria.

Por esta razón, el indio que pasa la experiencia militar deja en el cuartel, además de su ignorancia, el amor y apego que le tenía a su terruño, y atraído por la falacia de las ciudades, abandona su hogar, vitupera de sus modestas formas de vida y se lanza al torbellino metropolitano, donde las más de las veces fracasa. En las ciudades no puede hacer mucho. Su ocupación está fijada de antemano, con excepciones, desde luego: o "varita"—agente de tránsito—o soldado del cuerpo de Carabineros, especie de tropas de asalto que mantienen el orden público. Una vez que ha entrado en la milicia permanente y es partícipe de las ventajas del mando, el indio se enamora del uniforme y no lo suelta más. Así, tiene todo asegurado: ropa, rancho, algún estipendio mensual y, sobre todo, la admiración y respeto de sus congéneres indios, y el blanco ya no se atreve como con el indio que no tiene uniforme. Le gusta más ser carabinero, porque así tiene autoridad y puede—como ocurre a menudo—, prevalido de ésta, atizar una paliza a cualquiera. Y entonces tiene su desquite. Con el uniforme el indio adquiere una nueva personalidad, aunque ortopédica, personalidad al fin. Un indio armado y con uniforme es la antítesis del verdadero indio: ya no hay sumisión, ni resignación ni nada pasivo. El complejo de minusvalía que presidía en todas sus cosas muere en el cuartel, y en el soldado, en el uniforme, se manifiesta la típica "rebeldía satánica" adleriana. El indio tal como es, aunque sepa leer y escribir, no sería nada ni nadie; pero, como se conoce, busca una válvula de escape y encuentra que el mejor modo de "valer", de ser respetado por el blanco—no obstante saberse despreciado—, es enfundarse el *tricot* del uniforme. El indio racionaliza su inferioridad social con la autoridad que le da su contingente situación militar. Como soldado, tiene una faceta negativa en su personalidad: se enfatúa, se "marea"—igual que el blanco, al final—, se siente superior totalmente entre los demás indios. Bien se ha dicho que el indio es enemigo del indio. Todo el cúmulo de resentimiento que el blanco hizo incubar en el espíritu del indio encuentra desahogo en el indio, en los de su misma raza, ya que pocas veces puede contra el blanco. Emula a éste y, a veces, le supera en el mal trato que da al propio indio. Al ver el desdén del blanco y las posibilidades superiores que

se tienen con la civilización, reniega de su condición e incluso de su familia; niega a sus padres, se avergüenza de su familia. Así, si bien el cuartel le arranca la venda de la ignorancia, le descasta sin querer. Esta faceta ruin del indio existe por el desprecio del blanco; en definitiva, no es sino la reacción, motivada por el trato humillante de aquél, de un espíritu festinatoriamente alfabetizado, sin instrucción alguna, ni menos aún, educación.

6

El indio tiene fama de delincuente. Es un elemento que se encuentra en permanente estado de "peligrosidad social y criminal", según un "tratadista", más bien difamador del indio. Esta teoría peligrosista no merece ni puede ser tomada en serio, sino en cuanto demuestra hasta dónde puede llegar la repulsa y desprecio que el blanco siente por el indio, que muchas veces no repara en medios, así sean malévolos y perversos. Felizmente, otra es la realidad. No obstante su "peligrosidad" ni la estafa, ni el robo o asalto de tipo *gangsteriano,* ni el timo, ni las falsificaciones ni demás delitos de tipo intelectual, por un lado, ni delitos de índole sexual (en este aspecto el indio es más sobrio, especialmente el altiplánico, que el blanco, en el que hay más refinamiento y perversión venéreos) o parasexual como el proxenetismo, el rufianismo o el exhibicionismo, por otro lado, son los que el indio comete. Los peculados, malversaciones, quiebras fraudulentas, no entran en el "repertorio" criminal del indio, pues son privativos del blanco, quizá porque aquél nunca ha tenido oportunidad para la comisión de estos delitos como el funcionario público o el gran comerciante, que, en todos los casos, son blancos.

La fama que el indio tiene de delincuente se debe al fenómeno que apunta el citado señor López-Rey, en el prólogo al Proyecto del Código penal. Dice así: "En nuestras visitas a las cárceles bolivianas, hemos observado que si bien, a primera vista, el indio ocupa un porcentaje preeminente en las mismas, ese porcentaje no significa una mayor criminalidad respecto al mestizo y al blanco, sino, simplemente, que, dado su mayor desamparo, puede eludir menos que aquéllos la acción de la justicia, viéndose obligado a permanecer allí donde los otros no van nunca o permanecen escaso tiempo." Además, cuando un indio delinque se acentúa más el hecho que cuando el blanco incurre en la misma acción punible. Se le considera "una genuina *species generis humani* lombrosiana.

El indio, como todos, es un delincuente en potencia. Los delitos en los que con más frecuencia incurre son los violentos: asesinato y homicidio. Los comete, eso sí, con más furia que el blanco, pero con menos refinamiento y cautela; no emplea armas de fuego, sino cortantes, y algunas veces garrote o piedra. Pero para que el indio llegue al brutal extremo del crimen hay que agotar su paciencia por medios también brutales. La astenia del indio, entonces, se convierte en eclosión salvaje. El sociólogo y novelista boliviano Alcides Arguedas, en sus obras *Pueblo Enfermo* y *Raza de Bronce* anota magistralmente este cambio radical del temperanto indígena. El indio—dice más o menos—, cuando se enfurece, es como una tromba que desata su fuerza ciega, no respeta nada; ni la autoridad de la Policía, ni la del cura son cosas que pueden frenar su ira; se convierte, verdaderamente, en una bestia que sólo quiere destruir, matar y arrasar.

En las ciudades, el indio roba y hurta e incide mayormente en los llamados hurtos famélicos. Quizá el hecho por el cual es considerado como inveterado delincuente sea la poca monta de sus robos; robando minucias no puede fraguar su impunidad... La injusticia parece haberse hecho exprofesamente para el indio, porque no puede sobornar, cohechar o retribuir una "gentileza" administrativa o judicial, dada su inope situación. He aquí el "quid" del panorama carcelario referido.

Pero la suerte del indio está sellada. Si tiene dinero o alguna propiedad rústica, ¡ay de él! Si para el indigente no hay justicia, para el pudiente no sólo no hay ésta, sino que es objeto de la más implacable explotación. Constituye una veta argentina para los inescrupulosos, para los que han confundido la profesión con un medio de amasar fortuna festinatoriamente a costa de la ignorancia y de la propiedad de quienes tienen la desgracia de acudir en su demanda. Abogados, médicos, etc., han acumulado grandes fortunas a base de latrocinios y fraudes cometidos contra esos indios. Los más despiadados y ávidos, los menos aptos intelectualmente, con mucha habilidad en la expoliación, son los "tinterillos", funesta caterva de prácticos del Derecho, rábulas, parásitos del procedimiento, que pululan por los tribunales de justicia encubiertos como apoderados o procuradores.

El indio no tiene noción de lo que la ley es. Sus transacciones, hasta no hace muchos años, se basaban en la buena fe. Entre ellos, nunca o casi nunca se entabló litigio. Por algo son herederos de quienes castigaban drásticamente la mentira, el robo y la pereza.

Conoce la voracidad del blanco y por eso elude cualquier encuentro judicial y porque sabe que la Justicia está con aquél; muchas veces, por no pleitear, ha sufrido en silencio la depredación. Sostiene una contienda porque así lo induce, lo fuerza la usurpación descarada de su propiedad. Pero aquí viene lo inaudito: de demandante que es lo convierten en demandado, y el reo resulta víctima, y, en última instancia, su abogado "defensor" o su apoderado son los que "ganan" el pleito y... la propiedad del indio. Aprovechándose de su ignorancia y de su analfabetismo, la ruindad de sus "defensores" no paraba hasta hacerle *suscribir documentos*, desde luego fraguados, en los que su "doctor"—en el que tenía confianza ciega como abogado suyo—o su apoderado-procurador decidían, con criminal sangre fría y mala fe, el curso del juicio o le convertían en deudor de imaginarias y astronómicas sumas; enjuagues sucios que terminaban con el remate de los bienes del indio y su adjudicación al abogado defensor o al apoderado, con la aquiescencia de una sospechosa Magistratura, que para bien de Bolivia y decoro del Cuerpo Judicial ha sido reformada totalmente.

Frente a todo este sistema organizado de depredación y atropello, de dolo y prevaricación, el indio optaba, muchas veces, por hacerse justicia por sí mismo; pero pobre de él, pues entonces todo el peso de la justicia, que se le negó cuando fué atropellado, se le echaba encima porque era necesario "sentar la mano" al indio salvaje.

Durante los juicios es costumbre de los indios que pleitean llevar a casa del abogado defensor y del juez de la causa sendos regalos periódicos, que consisten en gallinas, huevos, maíz, patatas y, muchas veces, un cerdito. Pero esta efusión del indio, con la cual cree se dilucidará rápidamente el juicio, resulta contraproducente, porque sólo sirve para dilatar la solución del caso, pues no menos está acostumbrada la mayoría judicial y forense a este halago y obsequio, si así se puede "gongorizar" el término cohecho, que refuerza la despensa. Este vergonzoso sistema de vivir a costa del litigante indio, se practica en todas las reparticiones públicas, a las cuales el indio, infelizmente, debe acudir.

Podemos llenar cuartillas y cuartillas referentes a la extorsión judicial y administrativa a que es sometido el indio y en la que intervienen pinches y personajes de la más variada catadura y condición, desde el diligenciero-notificador, que no da un paso sin que se le propine una suma que le "sirva para el taxi de ida y vuelta y para eso, para "propinear", hasta al magistrado, cuyas pretensiones

están de acuerdo a su rango y a la importancia del asunto que se ventila—que bien necesita airearse—en estrados.

Así, desde el orto Republicano hasta nuestros días, el indio ha sido y seguirá siendo, pese al indigenismo sincero de hoy, la víctima del blanco. ¿Cuántos abogados, cuántos clérigos, cuántos rábulas han edificado fortunas increíbles usurpando al indio en forma abierta, descarada, sin un ápice de lástima y aprovechándose de su ignorancia? Muchos, muchísimos; la conciencia nacional lo sabe, el pueblo los conoce. Justamente uno de los motivos que justifica la Reforma Agraria fueron esos latrocinios, porque, como dice uno de sus considerandos, "la constitución actual de una parte apreciable de la propiedad rural en Bolivia, establecida a base del *despojo indígena, el fraude legal y la exacción por medios administrativos*, es injusta, defectuosa, contradictoria e irracional".

Villarroel, militar inteligente y gobernante patriota—asesinado vilmente en 1946—, dió un paso trascendental en favor del indio: abolió el *Pongueaje*, institución esclavista, resabio del "yanaconazgo" incaico y de la "mita" colonial, que hasta 1945 tuvo vigor en Bolivia para vergüenza y baldón de la República. Teóricamente, se dió fin a esta abominable "institución", mas en la práctica, y tomando otros nombres, siguió rigiendo para desgracia del indio hasta hasta 1953, en que se promulgó el D. L. de la Reforma Agraria.

El ensayista boliviano Rafael Reyeros hace un estudio objetivo y completo de esta servidumbre personal del indio que toma el nombre genérico de pongueaje, en una obra del mismo título. Esta servidumbre comprende diferentes modalidades que varían según las regiones. Unas subsisten como herencia de los españoles, y otras fueron creadas por el blanco boliviano. El pongueaje, que no es sino trabajo forzado, es algo denigrante que llegó a extremos crudelísimos y desconcertantes. La sentencia de Hobbes es muy pálida para designar la relación de violencia e inhumanidad que existe entre el blanco y el indio, que es el sometido. El pongueaje es una servidumbre de tipo feudal a ultranza. Es de dominio público que el patrón era dueño de la vida—hacienda no tenía—del indio, su siervo; "en los límites de su propiedad—dice Reyeros—aquél ordena, castiga y mata al indio, y viola a la mujeres...", con la más absoluta impunidad.

Esta negra "institución" consiste, en líneas generales, en la prestación de servicios personales gratuitos, por parte del indio, durante ocho días en la casa de su patrón, dueño de la finca o hacienda, de la cual el indio es un mero "accesorio", por turno entre todos, in-

clusive, las mujeres, que toman el nombre de "mitanis". (A estos siervos, a los hombres, se les llama "pongos", palabra que proviene del aimará y quechua, indistintamente, "puncu", que quiere decir puerta. Efectivamente, el indio siempre ha estado en la puerta, como un perro, presto a la orden del amo, para ejecutarla rápidamente y sin errores.) Esta servidumbre personal engloba los más variados y raros quehaceres. Según Reyeros, "ayuda en la cocina, cuida las acémilas y aves de corral, barre las habitaciones y los grandes patios coloniales, caballerizas y porquerizas. Es albañil, acémila y, muchas veces, niñero. Estopa sucia que llena todos los huecos de la servidumbre patronal. Eso durante el día. En las noches, se le asignan otras labores, que forman parte de sus obligaciones: hilar, tejer, desgranar maíz y "mukear".

El "mukeo" consiste en la masticación de una arroba de harina de maíz, de puñado en puñado, que luego se deposita en forma de pasta en grandes vasijas. Esa pasta, secada al sol, y luego hervida en agua, se hace fermentar; después de ligeros procedimientos de purificación constituye la "chicha", bebida alcóholica, que venden los patrones. Por todo el trabajo enumerado el "pongo" no tiene salario alguno. Su trabajo estaba al margen de la protección legal. Esto es una parte de lo que, en realidad, constituye el pongueaje. Sería largo y objeto de un verdadero estudio—como lo es el libro de Reyeros—analizar todas las formas de servidumbre a que se sometió al indio. Baste apuntar que esas formas van desde el "Cacha", que "recorre y viaja leguas de leguas para cumplir importantes recados de su amo o sólo para comprar una hoja de papel, cigarrillos o franquear una carta. Durante estos viajes—que los hace a pie—, que duran muchas veces días y días, no se les paga nada, él tiene que costearse su pitanza", hasta los "Huatarunas", que son "algo así como bestias que rascan a veces, con los dedos, el estiércol de las caballerizas. Pisan barro, pasan de sol a sol encorvados sobre las sementeras, restregan los pañales de los hijos del patrón", pasando por un sinnúmero de serviles y denigrantes ocupaciones y la obligación de obsequiar con productos, de cualquier clase, a sus patronos, cuando van a la hacienda en señal de sumisión y acatamiento. Cuando un "pongo" comete alguna torpeza, rompe un plato, se retrasa en un recado o no cuida bien las bestias, se le tunde a palos y a latigazos, se le flagela. ¿Quién no ha visto al señorito emprenderla a puntapiés y puñetazos al "pongo", por el más trivial pretexto? Si pretendiéramos traer a estas páginas la mísera vida del "pongo", su trabajo, "más propio de seres irracionales que de miembros de la escala humana, pues la calidad de menesteres que des-

empeña se cataloga entre los servicios denigrantes, lesivos de la dignidad humana" (Reyeros), tendríamos que emplear, necesariamente un lenguaje tremendista y, a veces, procalálico. Finalmente, para darnos cuenta de la "estima" que el blanco tiene por el trabajo del indio, transcribimos una cita que consigna Reyeros en su obra aludida y que corresponde a una tesis presentada en un Congreso de Facultades de Derecho, celebrado en la ciudad de Cochabamba, en 1939, y dice: "El propietario de un gran fundo del Departamento de Potosí adquirió un tractor que usó cortísimo tiempo en las labores de sus tierras, volviendo muy luego a las primitivas formas de trabajo. Interrogado sobre este cambio repentino, manifestó que el tractor demandaba ingentes gastos, requería de conductores, de repuestos, de combustible, de lubrificantes, etc., al paso que el indio, trabajador gratuito, requería apenas un poco de mote y de coca." (El mote es el grano del maíz, cocido.)

Abrigamos la esperanza de que las medidas de carácter indigenista hoy en vigencia tiendan a abolir no sólo teóricamente, sino en la práctica, la servidumbre personal del indio, el famoso "pongueaje", que sólo en Bolivia ha existido en la forma abominable en que fué practicada y que, repetimos, la obra de Reyeros nos muestra en todo su patetismo; aunque su autor pertenezca, ideológicamente, a las generaciones que precisamente se distinguieron por su desprecio al indio y por haber sido los alentadores y ejecutores de todas las calamidades que el libro relata. No nos extraña, empero, esta circunstancia. Todos los tratadistas de temas indígenas e indigenistas han sido así. Todos, o casi todos, comprometidos con la política esclavista que, desde 1825 hasta 1945, y más propiamente hasta 1952, no tuvo para el indio más que la ley del látigo. Mucho se puede decir en los libros; quienes los escriben son los "campeones" del indigenismo, los que en tono doctoral hablan del "problema del indio", sin haber dado jamás ni siquiera un asomo de solución, y que, a vuelta de esquina, "quisieran tener una ametralladora para barrer a todos los indios cochinos..." He aquí el indigenismo de esos literatos que, como los charlatanes, no hacen otra cosa que confundir a la opinión pública, mientras su verdadero sentimiento descarga golpes contrarios; en una mano la pluma artera (sedienta de lauros), y en la otra el látigo, urgiendo frutos gratuitos.

La abolición del pongueaje fué el primer paso legal y positivo que se dió en favor de esa irredenta mayoría boliviana. Los Gobiernos liberales y republicanos dejaron tras sí sólo tragedia, expolio y depredación. Ojalá la política presente sea eficaz y de resultados proficuos. El indigenismo del actual Gobierno, alentado inicialmen-

te por la pasión y la euforia, ha encontrado el ritmo de la serenidad, del método. Así, nadie puede dudar del sincero propósito que le anima en su actual lucha.

Dejémosnos de vernacularismos ditirámbicos, dejémosnos de leyendas y mitos indígenas que de nada servirán en situaciones tan cruciales; dejemos, en fin, a la leyenda y a la historia en su lugar. Tomemos el indigenismo no en el sentido restrictivo y unilateral y colonialista que se le ha dado hasta hoy, sino ampliamente y como sinónimo de bolivianismo, ya que con una política indígena eficaz y honrada se beneficia el indio y se beneficia el blanco y se actúa de acuerdo con lo que somos.

Ni europeísmo ni indigenismo exagerados y absorbentes. Lo primero, porque paralizaría nuestras facultades, ya que nos lo da todo deglutido y, alguna vez, decadente, y porque para nuestra realidad esto significa ortopedia. Lo segundo, porque sería estacionario y abstruso, porque como una posible cultura fundante no nos ofrece nada, aparte de la posible "energía". Hablar de un país de indios es tan falso como hablar de un país de blancos. Somos un país mestizo. Tendamos a darle autonomía, personalidad. Lo mestizo es la superación de las fuerzas fundantes, es la síntesis dialéctica, en nuestro caso, de lo indio y lo blanco. Démosle todo su valor sin prejuicios de ninguna clase.

La cultura occidental es hoy universal; se la encuentra en cualquier latitud. En la base de esa cultura, que hoy por hoy resulta imprescindible, hay que erigir una propia, conforme a lo que Bolivia es desde su nacimiento: mestiza. Tomar otra vía resultaría inane. Esto no quiere decir que debamos esperar que los europeos o los norteamericanos vengan a descubrir las virtudes y belleza de nuestras indias. Los bolivianos somos los que debemos abrir el fuego de la conquista genética y cultural del indio. Así, la nación será una legítima comunidad, sin relación de dominación peyorativa y estamental, con problemas económicos, jurídicos o sociales—como emergencia de las necesidades del hombre—, sí, pero no con hombres, castas o razas "problemas", porque por su dignidad, el ser humano, mal puede ser objeto de reducciones matemáticas.

Nosotros, mientras tanto, no creemos ni en las virtudes ni en los defectos del indio, ni en su inteligencia ni en su estupidez; puede ser un genio como puede ser una nulidad, es tan vulgar como el blanco, el negro o el amarillo; no tiene nada de extraordinario ni nada de despreciable. Pero creemos, y propugnamos, que se lo debe tratar como lo que es: una persona, un ser humano. He aquí, en suma, la clave del "problema".